

Sebastián Cuevas Navarro 12 Mayo

Una Hora

24.-  
Credencial

UNA LLAMADA DESDE EL SUR

- 1.-Las implacables manos rojas.
- 2.-Nombrando las cosas innumerables.
- 3.-Atravesando el silencio.
- 4.-Desde la muerte renacemos.

Sebastián Cuevas Navarro.  
Junio-76

....y parece enterrado el pueblo.  
Pero el maiz vuelve a la tierra.  
Atravesaron el silencio  
sus implacables manos rojas.  
Desde la muerte renacemos.

Pablo Neruda.  
"Canto General".

A Juan Blas, ~~un~~ tio  
que murio en Ormuete  
con 21 años.

1.-Las implacables manos rojas

en la hoja siguiente (pagina impar)  
foto 1 al máximo que dé sin tocar  
al dibujo

UNA LLAMATAJA DESDE ELSUR

Schott  
Luis  
García

I  
Las implacables manos rojas  
(un día de 1.93-)

Allí, como la grana,  
la fuerza del trabajo germinaba  
económicamente, abrazada a la tierra,  
lujuriosamente amancebada con la tierra.

Al cabo, el trabajo se transformaba en privilegio.  
gio.

Los años eran totem<sup>s</sup>,  
lejanos nombres para el exvoto del gallo  
o de la fruta primal  
y el vasallaje.

Todo lo demás  
reverentes hombres uncidos,  
árboles de gleba,  
con una radical memoria de ancestral  
servidumbre: - 5

.-¡"Dios le guarde"!.  
Bajos los ojos y la gorra  
o el copudo sombrero de paja  
de sudada cinta  
girando entre las manos encallecidas.

Manos ineptas para el total disfrute  
de la caricia  
de la mujer o el hijo;  
manos hechas al hueco  
de la azada, de la manquera del arado  
del puño de la hoz.



¿qué palabras manan de los labios?  
 su idioma es otro. Dialecto. Jerga.  
 A veces un rugido en la noche  
 sobre el vientre fecundo  
 dice de exclamaciones.  
 A veces son palabras que hablan de la perdiz,  
 el colorín, el agña, el trigo - 6  
 y la amapola. ~~\_\_\_\_\_~~  
 Pero siempre dicen palabras de trabajo.  
 Junta. Gavilla.  
 Barcina. Frío.  
 Calor. Sansancio.  
 Sol.  
 Y también, dolores de manos,  
 dolores de riñones...  
 si el sol se levanta  
 hasta el número once en el reloj del cielo  
 la palabra es tocino fresco y pan sentado.  
 A la noche se dice pipirrana o codido.  
 Luego ya no hay más palabras.  
 ¡¡Ya no hay más palabras!!  
 Si alguna vez se oyeron otras que dicen  
 socialismo,  
 lucha obrera,  
 conciencia de clase...  
 sería a un temperero sonado de aventuras,  
 esos que hablan de incendiar almiaras y mie-  
 y van de campo en campo sin echar raíces.<sup>ses</sup> - 7  
 ¡¡Ya no hay más palabras!!.

~~\_\_\_\_\_~~

de

4

Sólo el 'idios le guarde!', saludando a los  
Aquellos que eran totem. Altísimos<sup>amos</sup>.  
figuras que vivían en oidas ciudades  
donde existe la música y los vinos dorados.  
A veces acudían a la paz de los campos  
a contar los costales de trigo  
y los celemines de maiz.  
Los apuntaban con mínimos números  
mojanda la punta del lápiz en la lengua vio-  
*Je* después se transformaban en dinero leta,  
en las ventanillas de los bancos.  
Otras veces llegaban  
rodeados de amigos indescifrables  
y de hermosas, provocativas,  
olorosas mujeres  
que reían con todos los dientes a la vez,  
mientras el pecho les brincaba - 8  
en turbios saltamontes;  
mujeres de brazos y muslos ágiles  
y blancos  
como los vilanos en flor de las cardenchas.  
Todos, entonces, eran señores.  
Sólo los labriegos permanecían genuflexos,  
mirando la tierra  
abrirse ante su surco  
o su golpe de azada.

— foto 21

en la casa grande se hablaban otras palabras,  
intraducibles, que decían de ciudades,  
de deportes, de fiestas,  
de manjares, de pasiones desconocidas.

✓

Llegaban risas a los corrales  
que el peonaje compartía con el ganado.  
Hasta la gran cocina  
que en calor y humo convertía  
ramones y sarmientos - 9  
alcanzaban la música y los gritos.  
En la rotonda de la palmera  
donde nacen los rosales y el arrayán  
traza circunferencias,  
oscuros automóviles esperaban tensos  
lanzarse, como flechas, camino de lo descono-  
Mujeres campesinas desplumaban aves cido.  
que algún zagal alborotó por los potriles y  
Nunca terminaban aquellos días. las cuadra  
La noche no cubría de silencio  
el cortijo.  
La noche era un grito,  
un desenfreno  
que hacía huir a las lechuzas  
de sus ramas habituales.  
Al cabo, la fatiga ahogaba en los jergones  
los sedientos sexos campesinos  
y luego venía el alba  
y era ya el silencio, - 10  
se descubría la soledad antigua,  
ya sin automóviles,  
blancas mujeres  
de traslucientes muslos,  
ya sin señores de olorosos cigarrillos,  
ya sólo el campo, el gallo,  
el maizal enrociado, la vesana tendida,  
los surcos esperando

→ foto 3

6

y el habitual cansancio.  
sólo, había quedado, por las paredes,  
en las espinas de las rosas,  
por alguna alcoba de usadas zaleas  
un agrio memorandum de lujuria.  
Volvía a brillar el sol  
y se multiplicaba en altas copas  
en violadas botellas  
y se detenía en algún pañuelo de seda  
perdido o arrancado  
apresuradamente. - 11

tornaba la calandria  
y las <sup>gravidas</sup> yeguas ~~de~~  
reempezaban la paz de su preñez  
a la hora en que los hombres tomaban  
sus sombreros de paja,  
sus arados  
y a lomos de redondos mulos estériles  
poblaban la campiña de sudores,  
otra vez campesinos,  
otra vez enraizados,  
yerbazal inextinguible,  
a pesar de que el respeto  
conjugaba por sus sangres  
una desconida acidez y rebeldía  
en el negro deseo de violar a las blancas  
y clavarlas en la tierra mujeres  
con un golpe, un instinto,  
un alcañil pinchudo  
sobre el tenso vientre. - 12

Una necesidad oscura de segar los senos  
con las hoces de sus manos  
y exprimirlos como racimos de uvas  
sobre la seca tierra,  
sobre su seco cuerpo, enterronado.

Sí, los hombres eran totem,  
nombres lejanos  
que les agriaban las leches  
como cabrahigos  
o camuesas primales.

- foto 4

Después, cuando el cansancio  
se ~~colgaba~~ al clavo de sus huesos  
y el ciclo se despoblaba  
del sol y de la luz,  
apenas un quebranto  
les quedaba ~~prendido~~  
como una "edad antigua de muchachos,"  
mientras la pipirrana -13  
rezumaba de aceite  
y un magror de tomate,  
un picor de pimiento  
lazaba el pan moreno  
extraído de la orza  
y cortado en tasajos  
entre el brazo y el pecho, ceremoniosamente,  
y relinchaba un potro,  
cantaba algún cuclillo  
y los jergones eran  
la única esperanza  
en la noche total.

-14

2.-Nombrando las cosas innumerables.

— foto 5

Nombrando las cosas innumerables.

Sería posible hablar de grandes tierras,  
mares verdes,  
maizales,  
praderas para el relincho  
libre del garañón rampante; tierras para  
el retozo del potro  
estrenando peines de aire  
la crin hispida  
o aptas a la pastura de las yeguas de vientre,  
grávidamente tristes los ojos no abarcables  
en sus sólas húmedas órbitas.

— 16

Sería posible hablar de las dehesas  
donde chocan su cuerna  
gratuitamente inútil  
los sangrientos retintos  
o los altivos zahinos, que almacenan  
vida y navajas  
para la muerte del redondo anillo.

Sería posible hablar de interminables montes  
 donde el madroño, el hinojo, la bellota  
 levantan jabalíes,  
 venados, gamos,  
 agilizan liebres  
 y anidan perdices  
 para el salvaje placer de las escopetas del  
 doce  
 y los rifles de repetición.

Sería posible hablar de otras andalucías  
 más prósperas y anchas,  
 pero urge hablar de una mínima tierra  
 de irrentables granados y membrillos, <sup>17</sup>  
 huerto con un nogal,  
 bancal pequeño para el plantel de tomates,  
 pimientos y perejil  
 menudo y aromático  
 útil a los abortos clandestinos de las escar-  
 dadoras,  
 y en lucha permanente con la grama  
 y el paloduz lujurioso y lombricero.

11

Aquí el volcán.

Aquí fué el comienzo de la hecatombe.

Aquí se sentó la muerte en las sillas de enea  
de las chozas,

un día que los cales estaban abiertos  
y redondos atanores

vertían a las acequias el milagro del agua,  
estando levantadas las azadas,

los amocafres hundidos en la tierra,  
el sudor en las frentes,

las mujeres unas embarazadas,

otras subiendo leche por los caños

y otras midiendo el aire - 18

con los brazos

para guardar la dimensión

de los pechos campesinos

hasta la hora prevista

del descanso y fatiga

sobre jergones de hojas secas de maiz.

Se llenó el cielo de silencio,

erraron las alondras,  
 los topes se clavaron radicales,  
 se alborotó el cal en onda casi ola,  
 se detuvo el humo en los hogares,  
 aplazó la hogaza su cochura,  
 su granazón interrumpió el membrillo  
 y temblaron las nueces como crótalos  
 por las enramadas, verdeando.  
 Se llenó el cielo de silencio.  
 Los caminos se vacaron.  
 Las procesiones de hormigas  
 que venían de la era  
 descargaron su hurtada cosecha <sup>> 19</sup>  
 y se orrojaron en racimos confusos  
 a sus conos abisales.

foto 6

Después sobrevino el ruido innombrable.  
 Un ruido autónomo, animal,  
 como de fieras, como de yerbas, como de tierra  
 gritando.  
 Como si se vaciaran las escondidas aguas  
 de las las albercas sin que la noria izara



14  
aledaño.

Comenzó a manar sangre.

Una sangre tiempo almacenada

y de súbito abortada

como petróleo, geysers, surtidor herido.

- 21

Se destaron los odios.

Se buscaron enemigos antiguos por calles solitarias.

Ya nunca se detuvo el río de sangre.

Una sangre tiempo almacenada

y de súbito abortada.

(Cuarenta años hace el más próximo que mana incoagulable.)

El río, rambla, era la calle

de ventanas con los postigos cerrados,

y los cerrojos echados,

gaviones, murallas para la avenida incontenible.

Guarniciones menudas

de secreta jurisdicción,

de servidumbre sóloamente presentida,

se terciaron los fusiles de reglamento,

brillantes siempre y en estado de revista.

Aquí comenzó el camino vindicativamente oficializado.  
Fulano de tal. Zutano. Ajusticiadamente  
- 22  
la dictadura inició su andadura.

La muerte se vistió dorados correajes de gala  
y se extendió como un rocío ominoso, un manto  
oscuro y decisorio  
por los barrios humildes  
alumbrados de miserables bujías,  
por los caseríos diseminados en el ruedo  
como ciruelas caídas de su árbol,  
el pueblo.

foto-7

La muerte salió de sus moradas húmedas,  
viscosa y con las cuencas de los ojos vañas,  
la carne a medio pudrir  
y su gran poder intacto  
y se enseñoreó de la rueda en que se afilan los  
cuchillos,  
los antiguos cuchillos  
que ejercen su ministerio sacrificial  
los días de las revoluciones,  
de las guerras civiles,

de las venganzas tiempo, malignamente, aplazadas,  
almacenadas.

Se vistió la vieja toga  
de juzgar sumarisimamente,  
condenar, desenraigar aprisa,  
levantando veneros, hincando aljibes,  
y el traje maloliente de enterrar con urgencia  
para culminar de una vez, acabar, y dar descanso  
a su huesuda mano crispada de firmar sentencias.  
Algún día, la muerte, libremente, enloquecerá  
de remordimiento, acabado su trabajo  
y alguien verá la pudrición total de su carne.

¿Dónde está el censo de los enterramientos  
de urgencia,  
los de los hoyos abiertos  
al pié y linde de los corazones  
que, en fordismo ortodoxo, <sup>en</sup>  
en cadena se colocaban autónomos en su tumba,  
calientemente muertos, movidos  
por el viento en ráfaga,  
sólo con un ¡ay!, un ¡madre!, un ¡hijos míos!.